

ADORACIÓN EUCARÍSTICA DE SAN JUAN PABLO II

“Señor Jesús:

Nos presentamos ante Ti sabiendo que nos llamas y que nos amas tal como somos.

<<Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Hijo de Dios>> (Jn. 6,69).

Tu presencia en la Eucaristía ha comenzado con el sacrificio de la última cena y continúa como comunión y donación de todo lo que eres.

Aumenta nuestra fe.

Por medio de Ti y en el Espíritu Santo que nos comunicas, queremos llegar al Padre para decirle nuestro sí unido al tuyo.

Contigo ya podemos decir: Padre nuestro. Siguiéndote a Ti, <<camino, verdad y vida>>, queremos penetrar en el aparente <<silencio>> y <<ausencia>> de Dios, rasgando la nube del Tabor para escuchar la voz del Padre que nos dice: <<Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: Escuchadlo>> (Mt. 17,5).

Con esta fe, hecha de escucha contemplativa, sabremos iluminar nuestras situaciones personales, así como los diversos sectores de la vida familiar y social.

Tú eres nuestra esperanza, nuestra paz, nuestro mediador, hermano y amigo.

Nuestro corazón se llena de gozo y de esperanza al saber que vives <<siempre intercediendo por nosotros>> (Heb. 7,25).

Nuestra esperanza se traduce en confianza, gozo de Pascua y camino apresurado contigo hacia el Padre.

Queremos sentir como Tú y valorar las cosas como las valoras Tú. Porque Tú eres el centro, el principio y el fin de todo.

Apoyados en esta esperanza, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

Queremos amar como Tú, que das la vida y te comunicas con todo lo que eres.

Quisiéramos decir como San Pablo: <<Mi vida es Cristo>> (Flp. 1,21).

Nuestra vida no tiene sentido sin Ti.

Queremos aprender a <<estar con quien sabemos nos ama>>, porque <<con tan buen amigo presente todo se puede sufrir>>. En Ti aprenderemos a unirnos a la voluntad del Padre, porque en la oración <<el amor es el que habla>> (Santa Teresa).

Entrando en tu intimidad, queremos adoptar determinaciones y actitudes básicas, decisiones duraderas, opciones fundamentales según nuestra propia vocación cristiana.

Creyendo, esperando y amando, te adoramos con una actitud sencilla de presencia, silencio y espera, que quiere ser también reparación, como respuesta a tus palabras: <<Quedaos aquí y velad conmigo>> (Mt 26,38).

Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por eso queremos aprender a adorar admirando el misterio, amándolo tal como es, y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación.

El Espíritu Santo que has infundido en nuestros corazones nos ayuda a decir esos <<gemidos inenarrables>> (Rom. 8,26) que se traducen en actitud agradecida y sencilla, y en el gesto filial de quien ya se contenta con sola tu presencia, tu amor y tu palabra.

En nuestras noches físicas y morales, si Tú estás presente, y nos amas, y nos hablas, ya nos basta, aunque muchas veces no sentiremos la consolación.

Aprendiendo este más allá de la adoración, estaremos en tu intimidad o <<misterio>>.

Entonces nuestra oración se convertirá en respeto hacia el <<misterio>> de cada hermano y de cada acontecimiento para insertarnos en nuestro ambiente familiar y social y construir la historia con este silencio activo y fecundo que nace de la contemplación.

Gracias a Ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de amar y de servir.

Nos has dado a tu madre como nuestra para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón. Ella, recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta madre.

Ayúdanos a ser tu Iglesia misionera, que sabe meditar adorando y amando tu Palabra, para transformarla en vida y comunicarla a todos los hermanos.

Amén”.